

G420
V5
V. 2

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



CAPITULO PRIMERO

De Gotemburgo á Port-Stanley

A bordo del vapor «Fair Rosamond» costeano el litoral,
al mediodía de las islas de Falkland.



REUNIÉRONSE en Gotemburgo á principios de de octubre de 1901, unos cuantos jóvenes entusiastas, decididos á emprender la primera expedición sueca al Polo Sur. Durante los últimos días que precedieron á la salida del «Antártico», fué preciso activar toda clase de preparativos. Tratábase de llevar á cabo mil quehaceres distintos, procurar los aprovisionamientos, el equipo que nos faltaba, hacernos cargo de las mercancías que llegaban, estibarlas á bordo, etc. A las seis de la mañana empezaba el trabajo, que duraba todo el día, yendo y viniendo á bordo, corriendo á través de la ciudad, comiendo á deshora en restaurants del puerto donde concurría la gente de mar, para volver á ponernos en actividad hasta muy entrada la noche, hora en que, reunidos ya tarde, tomábamos generalmente un refrigerio que á veces duraba hasta la madrugada.

011133

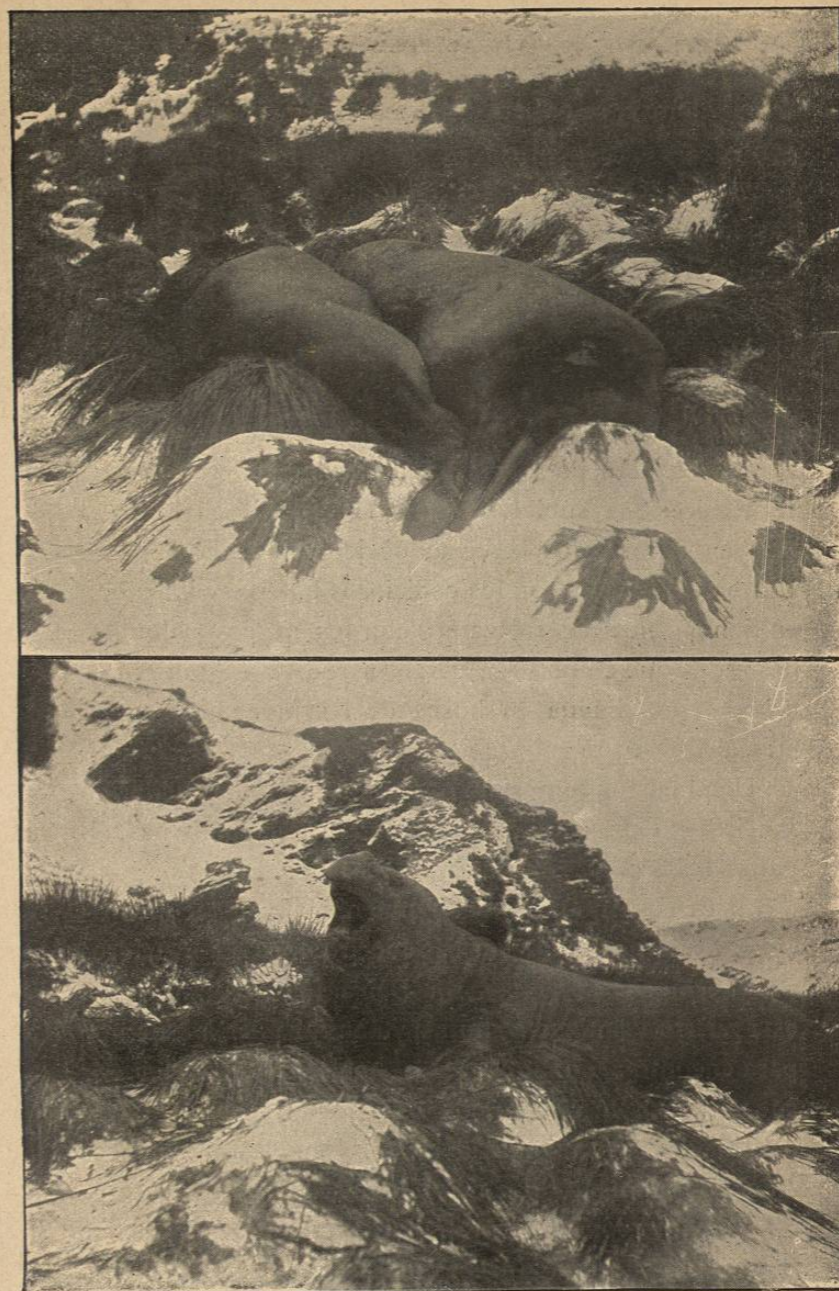
Así pasaron aquellos días rápidamente, durmiendo poco, trabajando mucho, pero distraídos y satisfechos. Entre los compañeros encontré valiosos cooperadores, y, el 26 de octubre, después de cordiales despedidas y numerosas felicitaciones, salía el «Antártico» del puerto de Gotemburgo.

Yo había de hacer un corto viaje á Sandefjörd, donde me detuvieron perentorios deberes, sin dejar de acordarme de los compañeros que me precedían en la exploración, todos ellos animosos y llenos de fe en su empresa. El día primero de enero de 1902 estaba libre, por fin, y el 17 salí de Gotemburgo para ir, por la vía de Liverpool, á Port-Stanley, donde debía reunirme con los tripulantes del «Antártico» á su regreso de la primera expedición al Mar Glacial del Sur. Había escogido la vía de Granton para encontrarme en Edimburgo con mister Bruce, jefe de la expedición sudpolar escocesa que debía efectuarse.

En una de las principales calles de la ciudad tenía la expedición su elegante «despacho», donde encontré á mister Bruce, que me acompañó durante mi estancia en Edimburgo, prodigándome toda clase de atenciones.

Un viaje nocturno en el tren, cuyo confort dejaba mucho que desear, me llevó á Liverpool, y el día 22 de enero me embarqué en el vapor correo «Orellana», de la Línea del Pacífico, y que fué mi morada durante el mes siguiente.

Un largo viaje de esta especie por el Océano resulta siempre bastante monótono, aun cuando, como me sucedió, tuviera ocasión de entablar relaciones con numerosos y distinguidos compañeros de viaje de diferentes países. Pronto se forman pequeñas tertulias, según las simpatías



Los elefantes marinos fueron despertados cuando descansaban más cómodamente.
Bahía de Cumberland.

ó los idiomas, se pasea y se discute, se descansa un rato sentados sobre cubierta, se observan los saltos de los peces voladores, ó se admira durante las noches oscuras la fosforescencia de las olas alrededor del buque. Puede el que guste tomar parte en diferentes *sports* ingleses, ó arriesgar cada día, en el punto de las doce, un chelín apostando sobre el número de millas recorridas durante las últimas veinticuatro horas.

Las escalas en los puertos constituyen un agradable paréntesis. Habíamos disfrutado, desde el puerto francés La Pallice, una súbita vista de la vieja Rochela; en la Coruña admiramos la costa occidental de España; en Lisboa discutimos con los codiciosos boteros del Tajo, y en San Vicente nos solazamos con los negros chiquillos desnudos que en botes miserables rodean el buque, buceando bajo el agua en busca de las monedas que les arrojábamos.

Una mañana temprano entramos en el puerto de Río Janeiro, extensa bahía rodeada de elevadas montañas, algunas de las cuales forman altos picachos. Por la singular forma de sus montañas y su magnífica vegetación tropical, presenta la bahía de Río Janeiro uno de los cuadros más hermosos en su género. Debíamos permanecer en este puerto veinticuatro horas: yo ansiaba llegar á tiempo para encontrar un amigo allí establecido, el explorador sueco P. Dusén, célebre por sus viajes á Kamerun, Tierra del Fuego y Groenlandia del este, y empleado entonces en el departamento botánico del Museo del Brasil.

El atento cónsul general de Suecia y Noruega, señor Bolstad, me llevó al Museo, que se halla en las afueras de la capital, en un edificio que fué residencia de don Pedro, y donde aun quedaban algunos espejos adornados

con coronas que recordaban los tiempos del Imperio. Entré sin previo aviso á saludar á Dusén y experimenté una grata satisfacción al ver la alegría que le produjo la inesperada visita de su compatriota y viejo amigo. Su gabinete de trabajo era grande y ventilado, con vistas á un valle de magnífico verdor; á lo lejos erguíanse las cumbres aisladas de dos empinados cerros: el Corcovado, con su funicular que llegaba hasta un hotel edificado en la misma cima, y el Tijuca, nombre que llevaba el vapor alemán que dos años después condujo nuestra expedición de regreso á Europa.

Paseé largo rato con Dusén bajo los árboles llenos de flores, y conversamos á nuestro gusto, faltándonos tiempo para comunicarnos todas nuestras impresiones.

Antes de obscurecer regresé á bordo acompañado del cónsul de Suecia. Reinaba fiebre amarilla y me aseguraron—no sé con qué fundamento—que el contagio se verifica sólo de noche. Aquel día, tan agradable por todos conceptos, acabó solemnemente con una soberbia tempestad nocturna que iluminó fantásticamente las cumbres de las montañas, la pintoresca ciudad y los buques de guerra brasileños anclados cerca del «Orellana».

Habíamos dejado en la estación de cuarentena situada en la isla de las Flores, cerca de Montevideo, todos los pasajeros que debían ir á Buenos Aires, ó continuar por tierra á través de la cordillera hasta Chile, y el «Orellana» prosiguió su ruta sur hacia las islas de Falkland. El calor sofocante de los trópicos había pasado y la atmósfera era de nuevo fresca y agradable.

El día 21 de febrero por la mañana se vieron sobre el mar manchas blancas de *macrocystis* flotando á merced de las corrientes, y otras muestras de la singular vegeta-

ción característica del territorio á que pertenece el grupo de las islas de Falkland.

Pronto divisamos á lo lejos, delante de nosotros, una obscura silueta de tierra que poco á poco se presentó con más claridad: onduladas montañas, y entre ellas tierras bajas, llanuras inmensas, sin árboles y de un triste matiz gris obscuro. En la punta exterior y saliente hacia el este levantábase un faro que indicaba la entrada de Port-Stanley.

Hasta entonces el tiempo había sido tranquilo y agradable, pero apenas llegamos á la costa nos sorprendió con uno de esos repentinos aguaceros que aquí son casi cotidianos. Arreciaba el temporal cuando ancló el «Orellana» al obscurecer en el puerto de Stanley.

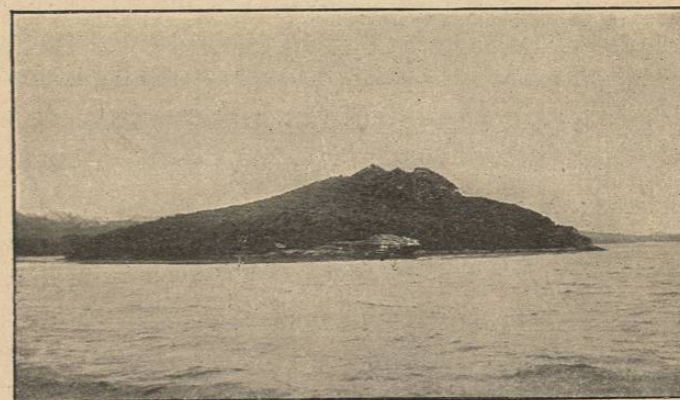
El «Antártico» había estado allí á principios de enero de camino hacia el sur, y encontré en seguida pruebas de su paso y de la bondad de Nordenskjöld y de Larsén bajo forma de un presente (botellas de ponche «Karls-hamn») y varias disposiciones tomadas para recibirme por parte de los atentos dueños del hotel «Stanley Arms».

Había de transcurrir aún cerca de un mes antes que el «Antártico» estuviese de regreso de la primera expedición de verano al Mar Glacial del Sur; yo quería emplear este tiempo en el estudio de la Naturaleza, en el grupo de islas, cuya historia geológica estaba casi intacta desde que Carlos Darwin recogió, en 1830, los primeros fósiles.

Esta región para el turista no ofrece atractivo alguno. Sus frías y onduladas cordilleras se parecen todas muchísimo; la tierra llana tiene el aspecto triste de los desiertos ó estepas, y las extensas hornagueras son pantanos traidores, en los que más de un jinete extraviado perdió su cabalgadura ó desapareció por completo. En

estos desiertos parajes, cuando no soplan vientos huracanados, reina un tiempo pesado con cortos intervalos de sol seguidos de fuertes chubascos.

Hasta la pequeña capital parece á primera vista que tiene pocos atractivos. En el puerto se encuentran muchos viejos cascos de buques desarbolados, que debieron



Isla cubierta de pino de Port-Stephens.

ser conducidos á remolque, y son empleados ahora como almacenes flotantes.

Entre los novecientos habitantes de Port-Stanley se encuentran bastantes cuya historia está relacionada con la de alguno de estos «depósitos». Marineros valientes y despreocupados, muchos de ellos escandinavos, que naufragaron aquí totalmente ó tuvieron que abandonar su maltrecho buque, quedando sin voluntad ni fuerza para encontrar el camino de regreso á la patria, embarcáronse en las pequeñas goletas costeras ó buscaron trabajo casual, distribuyendo sus ocios entre los seis hoteles de la ciudad para ahogar en el whisky los amargos pensamientos de su vida miserable.

Pero la pequeña ciudad tiene también sus habitantes fijos, trabajadores activos, en los cuales admiramos la excelente cualidad anglosajona de saberse adaptar fácilmente á las circunstancias. Advertimos también su unión envidiable y la constancia con que guardan las costumbres de la madre patria.

Durante el invierno se siente más la monotonía de la vida, sólo interrumpida por la llegada de los vapores correos, una vez al mes, de Europa, y otra de la costa oeste de la América del Sur. Las personas acomodadas suelen marcharse durante el invierno á Buenos Aires ó á Inglaterra. Al empezar el verano regresan también los buques estacionarios ingleses de Montevideo. Entonces laten más vivamente los corazones femeninos de Port-Stanley con la esperanza de tomar parte en los distraídos bailes de á bordo. Además, desde algún crucero se tiende una línea eléctrica para dar luz á la «sala comunal» de la ciudad, donde los oficiales de marina y las muchachas de la colonia representan comedias y pantomimas, teniendo como admiradores incondicionales á todos sus parientes y amigos.

Había recorrido en todas direcciones los alrededores de la capital y quería trasladarme á otro punto del archipiélago. Aproveché la primera oportunidad que se me presentó para conseguirlo. El jefe de la casa comercial más importante de Port-Stanley, la «Falkland Island Company», me invitó á hacer la travesía, en una de sus goletas, á Falkland del oeste.

El «Fair Rosamond» había sido un hermoso barco, el más gentil y velero del «Royal Squadron», admirado por su airosa forma y su andar veloz. Pero entonces, en los anales de los *Shamrocks*, hacía mucho tiempo que estaba

olvidado, y se hallaba relegado á luchar contra los temporales en las costas de Falkland, llevando cargamento de harina, maderas, lana y sebo.

Hasta su capitán, el pequeño y modesto Willis, tenía una historia interesante: hablaba con entusiasmo de otros tiempos en que había servido en la misión inglesa sudamericana y viajado con su goleta «Allen Gardiner», entre la Tierra del Fuego y la Residencia de la misión en la isla de Keppel, al oeste del grupo de las Falkland. Transportaba jóvenes indias de Yagan desde su hermosa tierra surcada de ríos, á aquella isla árida, sin bosques ni flores, castigada continuamente por las tempestades.

Cuando al cabo de dos años su instrucción se consideraba terminada, las conducía otra vez Willis á la Tierra del Fuego. Pero cuando el Gobierno argentino, á mitad del año 80, empezó la colonización de la Tierra del Fuego, se cerró la Residencia inglesa de Ushuaia y cesó la exportación de indias á la isla de Keppel. El capitán Willis tuvo entonces que buscarse otra ocupación. ¡Pobre viejecito! Este viaje con el «Fair Rosamond» fué el último que hizo; después fué relegado al olvido como una cosa gastada é inútil.

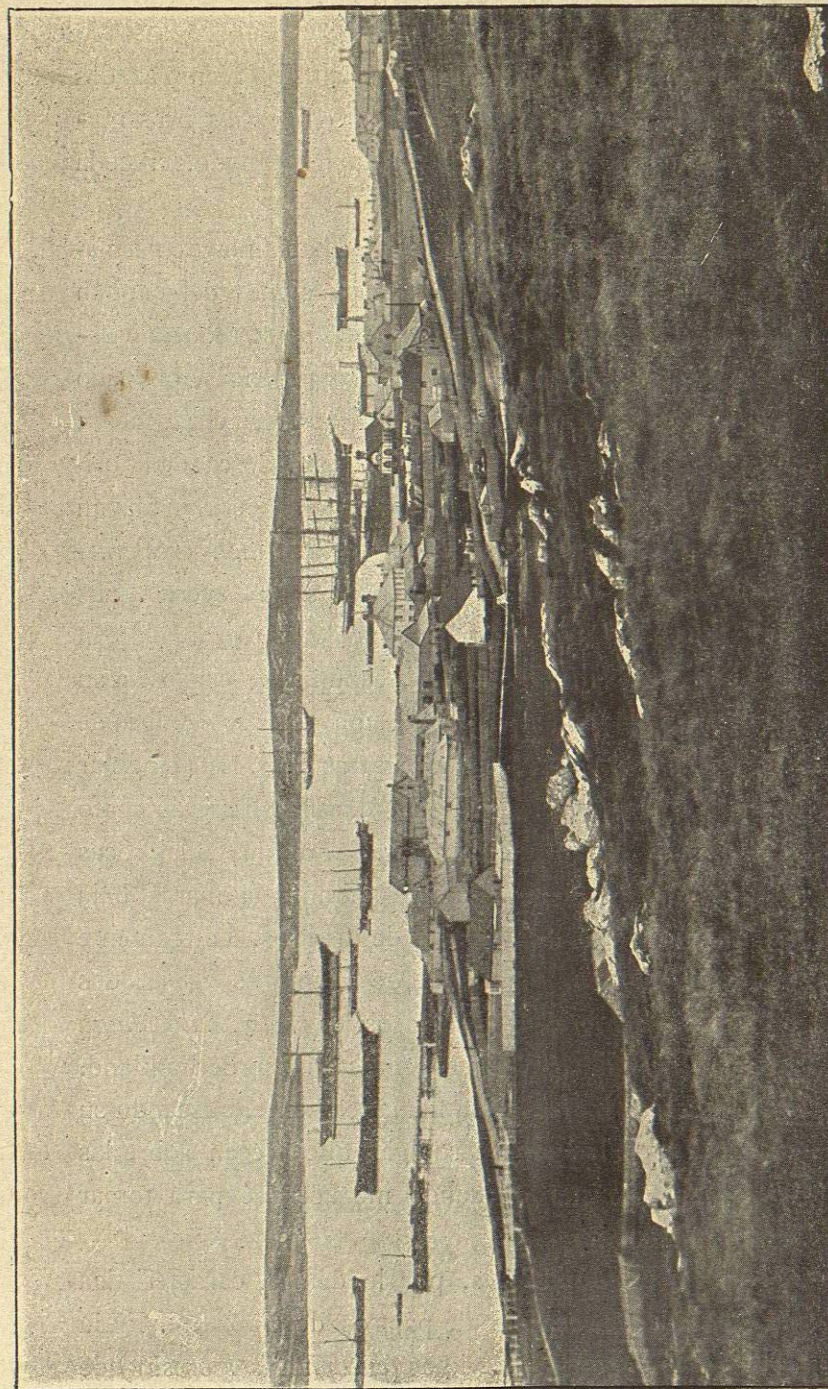
*

Estuvimos un día en Leal Cove, en la costa sur de la isla Este de Falkland, esperando viento favorable. Desde alta mar llegaba fuerte marejada hacia la barca que protegía nuestro sitio de abrigo. Levantábanse las olas espumosas, encrespadas, y rompíanse en blancas cascadas sobre las rocas salientes; después, con fuerza decreciente, se adelantaban más allá arrastrándose sobre la arena, levantando y hundiendo á su paso masas de hojas

de color amarillo obscuro, que flotaban en la superficie del mar adheridas al fondo por esbeltos tallos, cuya longitud llegaba á veces hasta cincuenta metros. Estas algas gigantes del Mar del Sur, que en muchas partes cubren completamente su superficie en una extensión de varias millas, hállanse comunmente en los sitios en que el fondo es de roca y hay poca agua. Con tal abundancia se encuentra esta extraña y colosal especie de la flora marítima en las islas de Falkland, que su nombre ha pasado á los habitantes insulares: *kelpers*. La barca se extendía desde tierra hasta una isla próxima cubierta de abundante vegetación, que ya de lejos atraía las miradas por su alegre color verde claro. Aquella verde extensión, igual por todas partes, avanzaba hasta los límites de la alta marea; recios troncos de sin igual grosor se erguían y entrelazaban, extendiendo sus hojas colosales de más de un metro de longitud.

Cruzan este intrincado laberinto algunos estrechos é irregulares senderos, por los que se puede penetrar dentro de la isla. Muchas veces parecen las hierbas más próximas á la orilla pisoteadas, ó mejor dicho, aplastadas por algún animal que á menudo se arrastrara sobre ellas, y ha de hacerlo, en efecto, con mucha prudencia para evitar el encuentro de algún león marino que con furibundo celo vela por sus pequeñas hembras. Mueve su melená y ruge ferozmente, atacando en la medida de sus fuerzas y sus torpes movimientos al intruso que se acerca.

Cuando los primeros colonizadores llegaron á Falkland, abundaban más las praderas en las islas principales, donde en muchas partes formaban un espeso y magnífico tapiz que adornaba las orillas. Pero los rebaños de ovejas



Port-Stanley.